

CUMPLEAÑOS



La noche llega sin globos, sin pastel ni una mesa rodeada de voces. No hay celebración ni velas esperando un deseo. El día pasa como cualquier otro: mensajes, llamadas y las calles de siempre. Cuando regreso a casa, el silencio no me pesa. Esta vez se siente tranquilo.

Dejo el teléfono a un lado y me siento junto a la ventana. Afuera, la ciudad sigue sin saber que hoy cumplo años. Los vehículos pasan, las luces se encienden y alguien ríe a lo lejos. Nada se detiene por mí y no necesito que lo haga. Me basta con estar aquí, respirando y viendo terminar el día.

Pienso en lo que pudo ser y no fue. Durante años creí que una fecha así debía sentirse especial, como si cumplir otro año exigiera una alegría distinta. Hoy no espero nada extraordinario. Entiendo que llegar hasta aquí es suficiente, que seguir vivo merece una celebración silenciosa.

Entonces pienso en mi padre. Su ausencia aparece sin hacer ruido, como una silla vacía que conserva su lugar en casa. Me gustaría escuchar su voz o contarle en quién me estoy convirtiendo. No puedo hacerlo, y aun así siento que algo de él permanece conmigo en la forma en que miro la vida y sigo adelante.

No intento llenar ese espacio ni esconder la nostalgia. La dejo sentarse a mi lado. Comprendo que extrañar también es una forma de agradecer que alguien existió. Su recuerdo no rompe la calma de esta noche; la hace más verdadera. Estoy aquí por mí, pero también por todo lo que dejó en mí.

El día termina sin fiesta y no siento que me falte nada. Cierro la ventana, apago la luz y agradezco en silencio. No por tener todas las respuestas ni por vivir la vida que imaginé, sino por seguir vivo y poder comenzar otra mañana. Este cumpleaños no hace ruido, pero me encuentra en paz.